

# CLUB SCRIBLERUS

*Memorias de la extraordinaria vida, obras  
y descubrimientos de Martinus Scriblerus*

GRANDES CLÁSICOS



FUNAMBULISTA



UNA SÁTIRA BRILLANTE DE LA PEDANTERÍA  
Y DE LAS MODAS INTELECTUALES  
DEL SIGLO XVIII





# Prolegómenos para el lector

**D**urante el reinado de la reina Ana,<sup>1</sup> quien, a pesar de los tiempos felices que siguieron, todo inglés puede recordar, es posible, gentil lector, que hayáis visto a cierto hombre venerable frecuentar los alrededores del palacio de St. James y que, por la gravedad de su porte y de su vestimenta, era usualmente tenido por un caballero español caído en desgracia. De estatura alta, rostro alargado, tez olivácea, cejas negras y uniformes, ojos hundidos pero penetrantes, nariz ligeramente aguileña, barba descuidada y salpicada con grises canas, infundía una solemne melancolía a su semblante.

---

1. Ana de Gran Bretaña (1665-1714) fue la última monarca de la Casa Estuardo. Reinó desde 1702 hasta 1714 sobre Inglaterra, Escocia e Irlanda y, bajo su mandato, se consolidó el Acta de Unión en 1707, creando el Reino Unido de Gran Bretaña. Varios miembros clave del club ocupaban puestos importantes bajo su reinado. (*Nota del traductor*).

Ni Pitágoras era más silencioso, ni Pirrón, más inmóvil, ni Zenón, más austero.

Usaba peluca negra y lisa cual plumas de cuervo, que caía tan recta como el cabello de un dios fluvial emergiendo de las aguas. Su capa cubría casi toda su persona, tanto que no me atrevería a afirmar si tenía puesta mucha menos ropa interior debajo de ella, pero su espada sobresalía casi un metro tras de él, y la llevaba de manera tan rígida que parecía una extensión de su muslo. Toda su figura era completamente distinta a cualquier criatura de este mundo, por lo que no era de extrañar que quien le dirigiera la palabra primero se persignase. Aquellos que nunca habían visto a un jesuita en su vida lo tomaban por tal, mientras otros creían que se trataba de algún sumo sacerdote judío.

Pero bajo esta figura austera se ocultaba una mente prodigiosa repleta de ciencia, ardiente por el deseo de beneficiar a sus semejantes, llena de un honesto y consciente orgullo mezclado con un desdén por hacer o sufrir la más mínima cosa que pudiera estar por debajo de la dignidad de un filósofo. En consecuencia, su alma no le permitía aceptar ninguna obra de caridad, aun cuando el cuerpo parecía necesitarla con urgencia. Se alojaba en la pequeña habitación de un cuarto piso, donde pagaba regularmente por lo que consumía cuando comía o bebía, aunque a menudo se le veía abstenerse com-

pletamente de ambas cosas. Se negaba a hablar con nadie, salvo que fuera con la reina o con su primer ministro, a quienes intentaba presentar algunas peticiones, aunque sus verdaderos asuntos e intenciones eran completamente desconocidos para todos. Lo cierto es que resultaba un incordio para el ministro de la reina, quien, ya fuera por celos o envidia, lo hizo desaparecer misteriosamente, enviándolo al extranjero como si se tratase de un peligroso maleante, sin el menor respeto por las leyes del reino.

Un día, mientras este caballero paseaba solo a la hora del almuerzo por el parque, sucedió que un manuscrito cayó de su capa y un sirviente mío lo recogió y me lo trajo. Estaba escrito en latín y contenía muchos y muy profundos secretos, expresados en un razonamiento y en un estilo inusuales. La primera hoja tenía grabadas estas palabras: *Codicillus, seu Liber Memorialis, Martini Scribleri*.<sup>2</sup> El libro era de una naturaleza tan maravillosa que fue inmenso el deseo que sentí por conocer a su autor, a quien imaginé claramente como un gran filósofo disfrazado. En muchas ocasiones intenté hablar con él, pero siempre lo evitó hábilmente. Finalmente, un día (mientras él estaba de pie en la plaza cerca del salón de baile de St. James), tuve la oportunidad de comunicarle, en lengua latina, que su manuscrito

---

2. «Codicilo, o Libro Memorial, de Martinus Scriblerus». (*N. del T.*).

había caído entre mis manos. Al decirlo, le mostré el libro, acompañando el gesto con grandes elogios hacia su erudito autor. Al verlo, me llevó aparte, me examinó con cuidadosa atención y, destapando la cubierta de pergamino de su libro, profirió (para mi gran sorpresa) en inglés las siguientes palabras:

—Cortés desconocido, quienquiera que seáis, os abrazo como a mi mejor amigo, pues o bien las estrellas o mi arte son engañosas, o bien por fin ha llegado el día preciso de presentar al mundo la obra de Martinus Scriblerus. De ser así, vos sois la persona elegida por el destino para semejante proeza. Lo que podéis ver en mí no es más que un cuerpo agotado por los menesteres de la mente. He encontrado en la Madre Naturaleza no una madre ingrata, pero sí una muy esquiva: noches de vigilia, días ansiosos, comidas frugales e interminables trabajos son el pan de cada día de quienes la persiguen a través de sus laberintos y meandros. Mi primer aire vital lo aspiré en esta isla (un fecundo suelo de filósofos), pero mi tez se ha vuelto tostada, y mi cuerpo, reseco por visitar tierras, como dice el poeta, *alio sub sole calentes*.<sup>3</sup> A lo largo de toda mi vida he vivido bajo diferentes disfraces y nombres desconocidos para librarme de la envidia y de la malicia que la humanidad expresa hacia quienes poseemos el *Arcanum*

---

3. «Calentándose bajo otro sol». (*N. del T.*)

*Magnum*.<sup>4</sup> Pero, en el tiempo presente, me siento obligado a buscar asilo en la corte británica para evitar la venganza de un cruel español que me ha perseguido por casi todo el orbe terrestre. Estando hace unos cuatro años en la ciudad de Madrid en busca de conocimientos sobre la Naturaleza, supe de una dama que tenía tatuada una granada en la parte interior de su muslo derecho, la cual florecía, por así decir, y parecía madurar llegada la propicia estación. De inmediato, me vi poseído por una insaciable curiosidad de observar tamaño fenómeno inaudito. Sentí cómo el ardor de mi pasión crecía a medida que llegaba la temporada, hasta que en el día 9 del mes de julio ya no pude contenerme. Soborné a su doncella, que me llevó al baño, y vi a la dama desnuda mientras semejante prodigio se abría ante mis ojos. Poco después, este suceso fue descubierto por el marido, quien, al encontrar algunas cartas que yo le había escrito a la doncella y que contenían expresiones de dudoso significado, sospechó en mí un delito totalmente ajeno a la pureza de mis pensamientos. Sin pensarlo, abandoné Madrid, siguiendo el consejo de unos amigos, pero he sido perseguido, rastreado y atacado a través de varias naciones, e incluso ahora apenas me siento seguro dentro de los muros sagrados de este espléndido palacio.

---

4. «El gran secreto» o «misterio», asociado con la alquimia. (*N. del T.*).

He tenido la buena fortuna de haber contemplado todos los grandes fenómenos de la Naturaleza, excepto un terremoto, por el cual aguardé tres años en Nápoles en vano. Ahora, gracias a algún barco británico (por cuyos colores ningún español osa acercarse),<sup>5</sup> espero impacientemente un pasaje seguro a Jamaica para tal propósito. Así, amigo mío, a quien el destino ha designado ser mi propio historiador, os dejo estos *Comentarios* y algunas otras de mis obras. Nada más... Os ruego que seáis fiel e imparcial.

Poco después, él cumplió su promesa y me entregó los *Comentarios*, aportándome, además, nuevas luces a través de numerosas conversaciones. Pero, justo entonces, por desgracia, fue arrebatado de entre nosotros (como ya he relatado) por los celos del ministro de la reina.

Para mi infinito pesar, fui privado de su conversación, aunque durante algunos años continuó nuestra correspondencia y me expuso muchos de sus proyectos en beneficio de la humanidad. Me envió algunos de sus escritos y me encomendó la tarea de recuperar otros que habían quedado dispersos por el mundo y de los que se habían apropiado otros hombres. La última vez que supe de él fue con motivo de sus comentarios a *The Dun-*

---

5. Esto indica el momento en que se escribieron estos prolegómenos. (*Nota de los autores*).

*ciad*.<sup>6</sup> Desde entonces, dado que han transcurrido varios años, tengo razones para creer que este extraordinario ser ha fallecido o ha sido llevado, por su vehemente sed de conocimiento, a alguna región remota, o quizás todavía desconocida. En ambos casos, tengo con él una deuda que no puedo seguir aplazando: revelar todo lo que sé sobre este prodigio de la ciencia, contar la historia de su vida y de sus amplios méritos. Y me atrevo a prometeros, estimado lector, que siempre que penséis que un capítulo esté resultando tedioso, esto de inmediato cambiará en el capítulo siguiente.

---

6. Ver nota iii de la «Nota del traductor» sobre *The Dunciad* de Alexander Pope. (*N. del T.*)

